

Mensajes del M. I. Señor Rector

Con ocasión de la apertura de tareas en el presente año, Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector del Colegio, envió desde Nueva York en donde se encuentra en vía de descanso, el siguiente mensaje:

"Nueva York, marzo 29 de 1949.

"Señores Colegiales y Alumnos:

"Obligado por diversas razones tuve que ausentarme a tiempo que se iniciaban los estudios en el año presente. Demoré mi salida con el propósito de daros la bienvenida cuando llegarais al Claustro del Colegio Mayor, pero las sucesivas prórrogas que se dieron a la fecha de ingreso estorbaron el cumplimiento de mis deseos. Lo que en tal ocasión debiera deciros os lo escribo ahora y podéis tener la certidumbre de que la distancia material que corporalmente nos separa este instante, engrandece e intensifica la emoción con que me dirijo a vosotros.

"A vosotros —digo— que por el hecho de haber querido ingresar a este Colegio Mayor habéis aceptado sus tradiciones y su espíritu para hacer de vuestros nobles años juveniles un presagio de la virtud y de la sabiduría con que mañana habéis de ilustrar a la República.

"Vuestro ideal, señores rosaristas, no consiste solamente en sacar adelante los estudios reglamentarios. A ellos tenéis que dedicaros con diligencia sostenida porque ahí está la cimiento de aquella grande ciencia que el Fundador del Colegio os pide para que sirváis con lucimiento y dignidad a la patria. Pero al adelanto en los estudios tenéis que añadir el propósito firmísimo de ser hombres capaces de gobernarse a sí mismos, profundamente convencidos de que la verdad y la razón —voces de Dios— tienen que dirigirnos con generoso.

imperio y emanciparnos de la servidumbre ruinosa y desgraciada que resulta de no hacer lo que debemos, sino lo que nos halaga y lisonjea.

“Vosotros, señores rosaristas, tenéis que formaros para ser hombres de responsabilidad, para sentir intensamente que las cualidades y talentos que Dios os ha otorgado deben dar los frutos que vuestras familias y vuestra Patria esperan ansiosamente de vosotros. Y también debéis formaros para comprender que todos nuestros actos, así en lo bueno como en lo malo, tiene resonancias y prolongaciones incalculables que, un día u otro, vuelven sobre nosotros para procurarnos satisfacción, estímulo y seguridad o para intimarnos dolor, vergüenza y quiebra de la vida. Vosotros, señores rosaristas, tenéis superiores y autoridades a quienes obedecer. Recordad siempre que a ellos jamás puede moverlos otro propósito que el de comprenderos para mejor servirlos; y recordad también que el Colegio Mayor será perfecto cuando cada alumno, consciente de los deberes que le incumben y de los fines de esta Institución “Alma Mater” de grandes hombres se hiciera colaborador sincero y decidido de la obra moral e intelectual que es propia y específica de este Colegio.

“Vosotros, señores rosaristas, nunca jamás estáis solos en vuestra vida de estudiantes. Siglos hace que la “Bordadita” os ampara con providencia tan misteriosa como manifiesta. Y cuando cada tarde le ofrecéis el tradicional homenaje del Rosario, poned en esa oración el fervor y la confianza que garantizan todas las venturas y prosperidades que podéis y debéis ambicionar.

“Señores rosaristas: en los cuarenta y un años que llevo de acompañar a los estudiantes del Rosario he aprendido a contar siempre con vuestra gentileza y benevolencia. Para beneficio de todos y para exaltación del Colegio Mayor os pido que me las otorguéis ampliamente ahora que estoy representado (con grande honor para mí) por el señor Colegial y Consiliario D. D. Guillermo Amaya Ramírez y por el señor Vicerrector D. D. Manuel Vicente Rojas.

“Señores alumnos de la Facultad de Jurisprudencia, señores alumnos internos y externos de Bachillerato en el Claustro de Bogotá y en la Quinta de Mutis, recibid el testimonio de mi especial consideración y los votos que hago por el éxito de vuestros estudios y por la realización de los ideales rosaristas.

JOSÉ VICENTE CASTRO SILVA,
Rector.”

Informado por la M. H. Consiliatura del fallecimiento del señor Vicerrector, el M. I. señor Rector se dirigió a los estudiantes así:

“Nueva York, mayo 8 de 1949.

“Señores Colegiales y Alumnos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario:

“Es esta la hora en que vencido el dolor y mitigada la turbación que hace apenas cuatro días, me trajo la infausta y sorpresiva noticia de la muerte del señor doctor don Manuel Vicente Rojas, dignísimo Vicerrector del Colegio, recobro el ánimo y la serenidad suficientes para dirigirme a vosotros. Yo no he dudado ni un solo momento de que vuestro espíritu y vuestro corazón han estado conmigo acompañándome generosamente e interpretando con justa inteligencia mis propios sentimientos. Y os confieso que la suma confianza que tengo depositada en vosotros me obliga a pensar que recibiréis estas palabras mías como un eco y resonancia de vuestros propios sentimientos.

“La vida del Colegio Mayor tiene un arraigo y consistencia de tanto vigor y profundidad que no se alteran ni vacilan aun cuando las inevitables y dolorosas vicisitudes de esta existencia traigan consigo alguna mutación. Las Constituciones seculares del Colegio y la tradición que las corrobora y las explica siempre están en las manos y ante los ojos de los señores Consiliarios cuya aquilatada rectitud y preclaro entendimiento son garantía de firme acierto y de empeño constante y afectuoso puestos al servicio de vuestro bienestar y vuestro engrandecimiento. Con esta inquebrantable certidumbre yo os exhorto a que, con mayor diligencia que nunca, procuréis ayudar a hacer efectivos los fines y propósitos del Colegio Mayor. Porque su espíritu, así como reside en las Constituciones como Ley y como Letra venerandas, reside también en las mentes de vuestros superiores como dirección y como ejemplo, y reside asimismo en vosotros, señores alumnos, como actividad y como causa excelsa de orden, de adelanto y de concordia.

“Y he dicho esto porque en los muchos años que llevo acompañándoos, he sido testigo perpetuo de que cuando dejais esos Claustros amados, los dejais con pena y, en multitud de ocasiones, mostrais con obras y palabras inequívocas que deseáis volver a ellos. En esas insistencias que admiro y respeto he visto siempre el testimonio de que a pesar de todo, el espíritu rosarista se ha albergado en vosotros,

en vuestras almas y corazones de tal manera que nada ni nadie puede ahuyentarlo de tan sagrado domicilio.

“A ese espíritu genuinamente rosarista que vive en vosotros me dirijo hoy para pedirle que se reanime y brille con todo el esplendor y generosidad de que sois capaces, con todo el fervor y buena voluntad que hay en vosotros.

“Que este año, empezado con muchas demoras y ensombrecido por este dolor que estamos sufriendo, sea el más fecundo en frutos de sabiduría y el más consolador porque en cada uno de vosotros van a convertirse en realidad estas íntimas esperanzas con que ya os miro como ‘ilustradores de la República’.

“Y que en el cielo, ante la perdurable *Bordadita*, interceda por nosotros el alma santa y heroica del que fue nuestro Vicerrector, del que venero como a justo y admiro como apóstol, del que se fue con Dios para proseguir en la gloria la obra que dejó comenzada en la tierra.

J. V. CASTRO SILVA,
Rector.”

La Iglesia y la civilización contemporánea

*Discurso de ingreso a la Academia Colombiana de Jurisprudencia
de Monseñor López y Lleras.*

Excelentísimos señores, señor Presidente de la A. C. de J., señores Académicos,
señoras, señores:

Tan desproporcionada es la honra que habéis querido hacerme, señores académicos, al llamarme a ocupar un puesto entre vosotros, y no un puesto cualquiera, sino el sillón que tan dignamente y con tal acopio de merecimientos ocupara mi amigo del alma, el presbítero doctor don José Alejandro Bermúdez, que no podría decir en este instante cuál es el sentimiento que me embarga, si el de la gratitud por vuestra benevolencia; o el de confusión al contemplar la exigüidad y pobreza de mi bagaje científico para alternar con quienes ostentan equipajes tan suntuosos como los vuestros; si el de la satisfacción y regocijo por darme la oportunidad, no de hacer el adecuado elogio, que a tanto no alcanzan mis menguadas fuerzas, sino de dar público testimonio de veneración y de cariño por mi ilustre antecesor en el sillón académico; o el de bochorno al sentarme en el sitio que cualquiera de mis colegas en el Instituto de Derecho Canónico ocuparía con mayores derechos y mejores títulos que yo. Tranquilízame y reconfortame únicamente el pensamiento de que al llamarme a esta docta Academia sólo habéis querido dar una muestra de vuestra simpatía por esa rama del Derecho, tan olvidada entre nosotros, como lo ha sido el Derecho Canónico; y que al elegir al canonista que habrá de reemplazar al desaparecido os habéis fijado no en el que más lo merecía, sino en el que más fácilmente encontró vuestra mirada, por estar colocado en ese sitio tan eminente como desproporcionado que hoy ocupo por voluntad de